



Revista Brasileira de História das Religiões

ISSN
1983-2850

SÃO LUÍS-MA | VOLUME 18 | NÚMERO 54 | SETEMBRO-DEZEMBRO 2025

CHAMADA TEMÁTICA - As experiências do catolicismo no continente americano no longo século XIX e a modernidade na Igreja Católica

 <https://doi.org/10.18764/1983-2850v18n54e27780>

Pío IX, la americanización de un pontífice. De la relación de Estado a la devoción popular

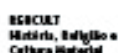
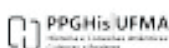
Elisa Cardenas

Doctora en historia por la Universidad París
1 Panthéon-Sorbonne. Investigadora del
Departamento de Estudios sobre Movimientos
Sociales de la Universidad de
Guadalajara.

 <https://orcid.org/0000-0003-0052-4018>

 elisa.cardenas@academicos.udg.mx

RECEBIDO | 10 out. 2025 – APROVADO | 5 dez. 2025



Resumen¹: Este artículo propone un acercamiento a la forma en que, a lo largo del siglo XIX, la figura del pontífice romano fue gradualmente “americanizada”, en el marco de la construcción de relaciones directas entre las naciones desprendidas del dominio español y portugués y la Iglesia católica. Esto sucedió por el interés y la acción de los gobiernos y fieles de la región, en busca de un acercamiento con el líder de la Iglesia católica romana, pero también por la participación directa del pontífice en la construcción de esas relaciones tanto por la vía política como por la vía religiosa, que eran, desde su perspectiva, indisolubles, frente a un mundo en el cual la diferenciación entre ellas se construía activamente.

Palabras clave: Pío IX; América Latina; Iglesia católica; siglo XIX.

Pius IX, the Americanization of a Pope. From the State relationship to popular devotion.

Abstract: This article proposes an approach to the way in which, throughout the nineteenth century, in the framework of the construction of direct relations between the nations detached from Spanish and Portuguese domination and the Catholic Church, the figure of the Roman pontiff, was being “Americanized”. This happened not only because of the interest and action of the governments and faithful of the region, interested in a rapprochement with the leader of the Roman Catholic Church, but also because of the direct participation of the pontiff in the construction of these relations both politically and religiously, inseparable from his perspective, vis a vis a world in which the differentiation between them was actively constructed.

Keywords: Pius IX; Latin America; Catholic Church; XIXth Century.

Pio IX, a americanização de um Papa. Das relações de Estado à devoção popular.

Resumo: Este artigo propõe uma abordagem sobre o modo como, ao longo do século XIX, no quadro da construção de relações diretas entre as nações desvinculadas da dominação espanhola e portuguesa e a Igreja Católica, a figura do Romano Pontífice, foi sendo “americanizada”. Isso aconteceu não apenas pelo interesse e ação dos governos e fiéis da região, interessados em uma aproximação com o líder da Igreja Católica Romana, mas também pela participação direta do pontífice na construção dessas relações tanto política quanto religiosamente, inseparáveis de sua perspectiva, diante de um mundo em que a diferenciação entre eles foi ativamente construída.

Palavras-chave: Pio IX; América Latina; Igreja Católica; século XIX.

Pie IX, l'américanisation d'un pontife. De la relation d'État à la dévotion populaire.

Resumé: Cet article propose une approche de la manière dont la figure du pontife romain s'est "américanisée" pendant le XIXe siècle, dans le cadre de la construction de relations directes entre les nations détachées de la domination espagnole et portugaise et l'Église catholique. Cela s'est produit non seulement en raison de l'intérêt et de l'action des gouvernements et des fidèles de la région, en quête d'un rapprochement avec le chef de l'Église catholique romaine, mais aussi en raison de la participation directe du pontife à la construction de ces relations tant politiques que religieuses, inséparables de son point de vue, face à un monde dans lequel la différenciation entre les deux se construisait activement.

Mots-clé: Pie IX; Amérique latine; Église catholique; XIXe siècle.

¹ Agradezco mucho la agudeza y generosidad de las lecturas anónimas de este artículo, cuyas sugerencias fueron clave para llevar el texto hasta su presente versión.

El siglo XIX, América y el papa

El catolicismo ha sido parte estructurante de las sociedades americanas desde el siglo XVI; está ligado a ellas históricamente. Las regiones conquistadas para las coronas ibéricas, en particular, lo fueron por esos conocidos y multicitados privilegios que los pontífices romanos concedieron a los reyes de Portugal (desde el siglo XV) y de España en el siglo XVI. Así, la expansión ibérica a través del Atlántico que llevó a la conquista de los territorios poco después nombrados como América, se hizo literalmente con la bendición del papa. Se trata de una asociación política y religiosa, provechosa en teoría para ambas partes, pues a los privilegios obtenidos los monarcas sumaban obligaciones que debían garantizar la expansión y sostén de la Iglesia católica. Un acuerdo de beneficios mutuos (Rubial et al., 2021).

En el acto de anticipación que fue el dividir el dominio sobre un mundo aun desconocido, el papa es una figura protagónica que acompaña las expediciones transoceánicas europeas y rara vez, cuando se escribe la historia de esos años, se omite la mención de Alejandro VI, independientemente de la valoración que le acompañe. Ese protagonismo, sin embargo, muy pronto se diluye: el papa ha sido un mediador reconocido entre dos coronas, pero su autoridad en América, en virtud precisamente de los privilegios estipulados en el propio acto de arbitraje, se vuelve una autoridad mediada a su vez por las coronas (Diego Fernández, 1990). Así, durante los siglos de dominio ibérico, el papa fue una autoridad en la lejanía. No solo por la distancia y los medios de comunicación existentes en la época (con la navegación a vela como único transporte posible entre ambos continentes), no solo porque la vida de los pontífices era eurocéntrica y más aún, romanocéntrica, sino y sobre todo porque a eso condujo el acuerdo. La consecuencia de esto para la vida social americana es que el papa era un líder religioso en la distancia. También lo eran los reyes, de hecho, pero tenían representantes directos en una cadena de autoridades, y un conjunto de ceremonias públicas aseguraban su representación regular en distintas ceremonias mediante piezas literarias y retratos, muy especialmente en las llamadas “juras” (Calvo, 2025). La distancia del pontífice con la grey americana era más que geográfica: en el caso de los dominios españoles, en virtud del patronato regio el papa no contaba con representantes directos en América, sino que su relación pasaba obligatoriamente por los representantes de la corona, en los términos establecidos por el Consejo de Indias. Así, a la distancia debe sumarse la mediación, que además con el tiempo se fue endureciendo y transformó en dominio: Carlos IV llegó a prohibir expresamente la presencia de cualquier enviado pontificio en América que no estuviera autorizado por el Consejo de Indias. Si la autoridad del papa contribuyó en la conquista de América, esa misma autoridad terminó subordinada a la corona española, cabe preguntarse si acaso y en qué medida ella misma colonizada.

Para Hispanoamérica, durante el siglo XIX esta situación cambió radicalmente porque las independencias rompieron la mediación y obligaron al establecimiento de una relación directa entre las nuevas naciones y la cabeza de la Iglesia de la que se consideraban parte, un proceso que tomó en términos generales medio siglo. El reconocimiento de la República de Nueva Granada tuvo lugar en 1835. Fue el primero. Le siguió el de México en 1836, pero por razones que atañen tanto a las conmociones políticas americanas e inestabilidad de los gobiernos como a las conmociones del mundo europeo y a las dificultades romanas para concebir al mundo republicano como seguro para el catolicismo, el reconocimiento de un territorio políticamente diferenciado

y de fe católica fue un largo proceso que culminó durante el pontificado de León XIII en la forma de una imaginación geopolítica renovada, en los años postreros del siglo (Cárdenas, 2025).

Para la América portuguesa la situación fue distinta: el Brasil sirvió de refugio a la casa real ante las amenazas napoleónicas de los primeros años del XIX y con Don Pedro se trasladó a Río de Janeiro el nuncio pontificio que radicaba en su corte. Al declararse la independencia, la continuidad monárquica permitió la de la representación diplomática. De esa forma, el Brasil contó con el primer representante del papa en América, Pietro Ostini, y fungió como un mirador sobre el conjunto del continente. Desde esa posición el nuncio, aunque la tarea era inconmensurable, contribuyó a dimensionar la amplitud y dificultades del catolicismo en los territorios americanos. La nunciatura en Río de Janeiro fue el primer mirador pontificio americano. De sus constataciones se desprendería la necesidad de multiplicar los puntos de contacto y observación, en particular con respecto al universo hispanoamericano. En 1836 se estableció la nunciatura en Bogotá. Es esta la primera concreción de la larga historia del establecimiento de representaciones pontificias formales en América, en la que se combinan los esfuerzos de los gobiernos del continente por obtener el reconocimiento del papa, la dificultad de la curia romana para aceptar a la forma republicana como compatible con el catolicismo, los esfuerzos de la corona española -mientras vivió Fernando VII, es decir hasta 1833- por mantener control sobre la Iglesia americana, entre otros factores.

Pero no solo el paisaje americano cambiaba: la Iglesia católica experimentó transformaciones profundas a lo largo de ese siglo, que llevaron a un nuevo perfil del pontífice romano. Es común ver el rostro europeo de esas transformaciones que están ligadas a la consolidación del Reino de Italia, a la politización de las masas trabajadoras, a las sacudidas producto de los ciclos revolucionarios y a la consecuente diversificación del paisaje político europeo; pero una mirada a otras regiones del globo -en este caso Hispanoamérica- permite constatar la parte no menor que llevan en el surgimiento del papado contemporáneo. El dossier coordinado por Roberto Di Stefano y Javier Ramón Solans en la Rivista di Storia del Cristianesimo en el año 2020 enfatiza esa interacción y polivalencia (2020).

Para el catolicismo, en sus instituciones como en sus prácticas, el siglo XIX es una larga coyuntura en la cual se producen transformaciones profundas. De una profundidad tal que puede hablarse del fin de una era (Cárdenas, 2015). El triunfo de la unidad italiana por encima de las fuerzas romanas, determina el fin de los Estados Pontificios y marca el término de una larga era en la historia del pontificado romano, aquella que estudió en profundidad Paolo Prodi y de manera aguda caracterizó como la era del papa-rey, del soberano-pontífice (Prodi, 2010). Desde un punto de vista analítico puede preferirse cerrar ese ciclo en 1870, privilegiando el triunfo del ejército de Víctor Manuel II y la capitulación de Roma, o bien la firma de los Tratados de Letrán en 1929, mediante los cuales se reconocen mutuamente el Estado Vaticano y el Reino de Italia. Ambas fechas presentan su interés específico, según que se acentúe la figura del pontífice de turno o el papel del Estado y las instituciones, la vida institucional o aún la política internacional. Desde mi punto de vista, atender a la segunda permite considerar de manera más amplia la transformación de la entidad histórica llamada Iglesia católica romana, como Iglesia y como Estado, entre otras razones porque en 1929 al aceptar el reconocimiento del Vaticano como Estado de la Iglesia, el papado renunció a toda reivindicación sobre los antiguos Estados Pontificios; nació ahí el papado contemporáneo como un Estado singular y en singular. Al suscribir esos tratados con el Reino de Italia, también se asumió que el contencioso territorial era con esa entidad

política particular y no ya con el orbe entero; en otras palabras, que la soberanía territorial de la Iglesia era un asunto de derecho internacional y no una cuestión de geopolítica que podemos apellidar religiosa. Mientras que cerrar el ciclo en 1870 enfatiza la transformación profunda de la cabeza de esa Iglesia y de ese Estado; subraya la transformación del pontífice romano en un líder moral antes que político -sin que quepa pensar que su carácter político desaparece-. 1870 conjuga la afirmación del poder del papa en el Concilio con la pérdida de la soberanía territorial. Reforzamiento de autoridad y pérdida de bases materiales se concretan de forma casi simultánea, por lo tanto se conjugan. Sin embargo, aunque la toma de Roma signifique el fin material de la soberanía territorial pontificia, no marca el fin de la reivindicación de la misma. El reclamo se irá diluyendo a lo largo de seis décadas. Se diluye porque materialmente no tiene sostén, no hay Estados ya que lo hagan propio, pero también porque en la amplia geografía de influencia del catolicismo, la práctica del papado como liderazgo moral vuelve evidente que la Iglesia no desapareció junto con los Estados Pontificios.

El papa visto desde América

Sobre la forma en que los americanos vieron al papa durante el siglo XIX tenemos una representación dominada por lo sucedido en la época de las revoluciones de independencia. Esta representación ha sido mediada particularmente por los espléndidos trabajos del historiador Pedro Leturia, publicados hace más de medio siglo². Se concentra en el rechazo de las independencias por dos papas mediante sendas encíclicas que en la historiografía se conocen como legitimistas: *Etsi longissimo* dada por Pío VII en 1816 y *Etsi iam diu*, por León XII en 1824. Estas encíclicas, que llamaban en particular a los obispos a incitar a los católicos al respeto y adhesión a Fernando VII fueron resultado de las presiones de Madrid (Gómez, 1977). Es conocido que suscitaron reacciones en América -en México la de fray Servando Teresa de Mier (1825) -, pero sobre todo es evidente que, en particular la última -dada después de la batalla de Ayacucho-, no consiguieron revertir el apoyo a la causa independiente. Estos pontífices fueron vistos como apegados a la causa monárquica y en particular a España. Para la historiografía americanista quedaron en cierta forma “del lado equivocado”. Gracias al mismo Leturia, sabemos que Bolívar fue ganándose las simpatías de Gregorio XVI y que el representante del gobierno neogranadino consiguió el ansiado nombramiento de obispos, aún en vida de Fernando VII, con la estrategia de hacer los nombramientos *in partibus infidelium*.

En este paisaje, la figura de Pío IX tiene especial relevancia para el mundo americano. Primero porque su nombramiento tiene lugar en un momento, 1846, en que ya nadie duda de que el dominio español en el continente ha terminado. España conserva Cuba, pero ha perdido todos sus dominios continentales. Giovanni Maria Mastai Ferreti fue electo papa el 16 de junio de 1846. Durante sus primeros meses al frente de los Estados Pontificios alcanzó a proyectar la imagen de un hombre reformista con respecto a la administración de la justicia y de las prácticas del Estado en general (Jankowiak, 2007). Así fue percibido por el poeta francés Victor Hugo, quien hizo de él un sentido elogio ante la cámara de pares (Hugo, 1937, p. 97).

Las palabras de Victor Hugo encontraron eco en el argentino Domingo Sarmiento, quien hizo suyo el elogio del papa percibido como liberal y reformista, pero fue más allá: leyendo desde América, americanizó al papa y llamó a Pío IX “el primer papa americano” (Mastai-Ferreti, 1848).

² Especialmente, Leturia, 1959 y 1960.

Y es que Mastai había formado parte de la célebre misión Muzi, primera misión pontificia -aunque sin carácter diplomático- en los territorios americanos independientes, iniciada en 1823, terminada en 1825, que tenía por objetivo principal Chile pero tuvo obligado paso por la provincia de Buenos Aires, entonces gobernada por Martín Rodríguez y en donde la figura política más influyente era la de Bernardino Rivadavia. Como integrante de dicha misión, Mastai redactó al término de su viaje una memoria. En 1848 Sarmiento tradujo el texto del ya entonces pontífice y lo publicó.

El reformismo de Mastai fue empero muy breve. La revolución romana lo rebasó y, luego del asesinato de su ministro Pellegrino Rossi, el papa abandonó sus intentos de reforma. De hecho, tuvo que salir de territorio romano y refugiarse en Gaeta³. Sin embargo, por múltiples razones, Pío IX fue el artífice de una nueva relación de Roma con América. La tejió en sentido político y en sentido religioso, ambos entrelazados. En sentido político durante su pontificado se fueron resolviendo, si bien muy lentamente, las relaciones con la región a base de algunos concordatos, de envío de representantes acreditados (diplomáticos y apostólicos) y de rechazo en general de las pretensiones de ejercer el patronato (salvo en el caso del Perú). En cuanto a lo religioso, se produjo la canonización del mexicano Felipe de Jesús, y también se promovieron devociones que en América Latina tendrían muy buena y duradera acogida: la Purísima Concepción y el Sagrado Corazón de Jesús.

En algo tenía razón Sarmiento cuando recuperaba la experiencia de Giovanni Mastai, secretario de la misión Muzi, para americanizar al papa: es difícil imaginar que la experiencia del viaje a Sudamérica no haya impactado en el ánimo del joven eclesiástico. Lo cierto es que Pío IX fue el primer papa que en su experiencia de vida contaba con haber pisado suelo americano. No solo el haber experimentado la travesía del océano y la del territorio desde el Río de la Plata hasta Santiago de Chile deben en esto considerarse; el joven Mastai estableció contacto durante su viaje con eclesiásticos americanos y por lo menos con uno, Valentín Valdivieso, está documentada su relación epistolar por largo tiempo, hasta los años en que uno era pontífice romano y el otro obispo de Santiago de Chile (Serrano, 2008). También se ha documentado la larga relación de J. I. Víctor Eyzaguirre con Pío IX (Solans, 2020). Así, puede decirse que Pío IX fue el primer papa que tuvo una relación directa con América.

Con todo, es difícil responder a la pregunta por el lugar que ocupó el catolicismo americano en el ánimo y pensamiento del pontífice. Como es sabido, su largo pontificado estuvo plagado de sacudidas, atravesado por continuas tribulaciones, fue una constante batalla contra fuerzas diversas algunas de las cuales buscaban abiertamente el fin del papado. No sorprende que lo haya vivido como persecución y batallar constantes ni que, parafraseando a un célebre historiador eclesiástico que escribiera a pocos años de su muerte, el papa, abandonado de las potencias de la tierra, se refugiara en las celestiales (Fèvre, 1888, 3). Y es que, en efecto, durante los últimos años de su pontificado, ya no fue tan constante el sostén de las casas reinantes europeas que en diversos momentos del siglo habían apoyado al papa contra la revolución en casa o contra la que llegaba de fuera. Cuando las fuerzas de la unidad italiana entraron en Roma, en septiembre de 1870, encontraron la resistencia ya muy menor de las solas guardias pontificias. Interrumpieron además, el curso del concilio Vaticano I, primero en la historia que contó con la presencia de obispos americanos. Obispos que, además, eran republicanos. Estos obispos habían realizado el largo viaje hasta Roma (el más largo, el del chileno Hipólito Salas), eran numerosos y su

³ La biografía más detallada de Mastai es Martina, 1974, 1986, 1990.

presencia en el concilio da cuenta de la tenacidad americana en el movimiento hacia Roma, en la búsqueda de Roma a lo largo del siglo XIX. El concilio puede considerarse el momento culminante de ese movimiento, no solo porque se dió el ansiado encuentro con el papa, sino porque pudieron encontrarse entre ellos: América se reunió y se conoció en Roma (Ayala Mora, 2013, Ramón Solans, 2020).

Pero antes ya del concilio se habían abierto otros espacios cuya importancia en la formación de un clero con identidad regional ha empezado a ser aquilatada, como el Colegio Piolatinoamericano, fruto en buena medida de los empeños del canónigo chileno Eyzaguirre, quien logró sumar voluntades y recursos para la formación del clero latinoamericano en Roma. Además, es claro que el pontífice estuvo convencido de la pertinencia de este espacio. Su apoyo al colegio muestra que Pío IX conocía las condiciones que privaban en la mayoría de los países de la región y las dificultades para la formación del clero. También muestra su convicción de que, por mucho empeño que pudiera haber en algunas regiones de América, siempre sería de mayor calidad el espacio romano para garantizar esa formación. Puede considerarse, como lo ha subrayado Enrique Ayala Mora, que este colegio es el primer lugar donde se ensaya una identidad latinoamericana antes de que la expresión sea plenamente adoptada por Roma (Ayala Mora, 2013).

También desde antes del concilio, el pontificado de Pío IX es el período durante el cual se vuelve común y tangible para los jerarcas latinoamericanos el encuentro personal con el pontífice. Así, lo que hoy llamamos “romanización”, ese proceso de consolidación de la figura pontificia como centro de la Iglesia católica, tiene para América importantes fundamentos en esos años. Este fue un movimiento que, de manera indirecta, fue impulsado por los gobiernos liberales reformistas cuando en su radicalización expulsaron u orillaron a los jerarcas católicos a dejar sus diócesis. Fue el caso, entre otros, del obispo de Guadalajara y el de Michoacán, en México, como también de los obispos venezolanos de Caracas y de Mérida de Maracaibo. En tiempos republicanos, los obispos en dificultades miraron hacia Roma y cuando pudieron se refugiaron en ella.

Cuando en 1870 el papa se declaró prisionero en el Vaticano, todos los obispos, pero más particularmente aquellos que le habían visto en persona, fraternizaron inmediatamente con él, abrazaron la defensa y promoción de su causa y contribuyeron señaladamente a la promoción de formas de solidaridad con el papa. El arzobispo de Lima, Sebastián de Goyeneche, escribía:

invasión y no ocupación es la que se ha realizado, pues las tropas del rey Victor Manuel II han luchado con las tropas pontificias, que les impedían el paso a la Ciudad Eterna. Roma capituló después de una breve resistencia, porque su Soberano no quiso desperdiciar en inútil sacrificio la sangre de sus heroicos soldados; capituló, porque Dios no fue servido de renovar el milagro, que hizo retroceder a Atila y sus hordas en presencia del Pontífice San Leon. La Providencia divina se manifiesta de diverso modo según los tiempos (Goyeneche, 1870, p. 8).

La imagen del papa prisionero, cultivada por el propio pontífice, es sin duda la que mayor impacto tuvo a escala internacional y la que más perduró en el tiempo. Prisionero e intransigente. Dos calificativos que corresponden más a sus últimos años, pero que tienden a recubrir todo su período. Y en efecto Pío IX fue acendrando su intransigencia conforme se mermaba su dominio territorial y acumulaba derrotas políticas. El rostro más conocido de su política es el anatema. El *Syllabus errorum*, anexo de la encíclica *Quanta cura* (1864), probablemente su documento más difundido y de mayor impacto, es precisamente un listado de rechazos del que era su mundo contemporáneo. Los historiadores de distintos horizontes, como los observadores de su tiempo

coinciden en ello: el papa se atrincheró en su mundo espiritual mientras perdía potencia política y dominio territorial. Esa misma caracterización ha tendido a nublar su papel en la construcción de una relación con América, sin embargo cabe interrogarse por las formas en que, desde su carácter recalcitrante, refractario a las novedades, el papa miró hacia las regiones mayoritariamente católicas del continente, incitado a ello por actores específicos que consiguieron acercarse a él y sensibilizarlo ante las que consideraban “necesidades espirituales” de esos pueblos.

También cabe interrogarse acerca de lo que incidieron en su ánimo y en sus acciones las noticias americanas durante su pontificado. Porque su tiempo es también el de las reformas liberales y auge del anticlericalismo en diversos países de Hispanoamérica. Sin ánimo de exhaustividad cabe señalar algunos ejemplos. El mirador colombiano permite apreciar de forma condensada esa radicalidad: en 1850 el gobierno expulsa a los jesuitas; en 1852 juzga y expulsa al arzobispo Mosquera, en 1853 promulga las leyes de separación Iglesia-Estado y del matrimonio civil. En respuesta a esta política la Santa Sede reduce la Nunciatura de Bogotá a Delegación apostólica en 1856. Para 1861 el conflicto entre el gobierno colombiano y el papa es abierto y, a medidas como el decreto de tuición de cultos y la supresión de órdenes religiosas, Pío IX responde con la excomunión del presidente colombiano Tomás Cipriano de Mosquera⁴.

Al tiempo que sucedían diversos desencuentros y conflictos (en México se promulgó la constitución liberal en 1857 y las llamadas Leyes de Reforma en 1859-1860, Nicaragua adoptó una constitución liberal en 1858), también tenían lugar acercamientos y acuerdos que se concretaron en la firma de varios concordatos, de los cuales el español firmado en 1851 puede considerarse un antecedente: Bolivia en 1851⁵, Costa Rica y Guatemala en 1852, Nicaragua, Ecuador y Honduras en 1861; El Salvador y Venezuela en 1862. Así, mientras combatía moralmente las políticas reformistas que consideraba persecutorias de la religión católica y fulminaba condenas, el papa encontraba el camino del entendimiento y de la protección de los intereses de la Iglesia católica mediante acuerdos con gobiernos afines o por lo menos no hostiles. Su equipo encontró la vía negociadora o los americanos supieron provocarla.

A finales de los años sesenta se radicalizó el anticlericalismo a ambos lados del Atlántico. Cuando la Comuna fusiló al arzobispo de París en 1871, ya en el Paraguay había sido fusilado el obispo Manuel Antonio Palacios en 1868⁶. En 1870 los liberales estaban en el poder en Guatemala estableciendo la libertad de cultos y en Venezuela el gobierno de Guzmán Blanco llevó al exilio al arzobispo de Caracas y dos años después al de Mérida. En 1871 llegaron al poder en El Salvador y Honduras. En 1871, en Guatemala, el general García Granados empujó al exilio al arzobispo y a la Compañía de Jesús. Incluso en Chile, país que en Roma era considerado salvo para la Iglesia católica de manera general, fueron años de secularización del Estado y, entre otras medidas, se promulgó la ley de cementerios en 1871 y la abolición del fuero eclesiástico en 1875. Sin salir ya del Vaticano desde finales de 1870, el papa lidió con este paisaje a fuerza de amonestaciones y anatemas hasta el final de su pontificado, en febrero de 1878, en plena guerra civil colombiana. Así, las reformas liberales obligaron al papa a mirar hacia Hispanoamérica y a dedicarle horas de atención. No es que el panorama fuera de predominio absoluto del liberalismo reformista en

⁴ Sobre el caso colombiano, Cortés (2016).

⁵ Aunque el concordato boliviano no se ratificó finalmente por el gobierno, Salinas considera que fue importante porque sirvió de modelo a los siguientes. Salinas (2013, 217).

⁶ Sobre el caso paraguayo Telesca y Delgado (2024).

esos años, sino que era altamente conflictivo y radicalizado desde distintas posturas. El caso del Ecuador es emblemático en otro sentido: bajo el gobierno confesional y autoritario de García Moreno, la república fue consagrada en 1873 al Sagrado Corazón. El asesinato de García Moreno pocos años después lo transformó en mártir de su causa (Buriano, 2008).

Entre las herramientas políticas del papa tienen un destacado lugar las que suelen considerarse de disciplina religiosa y de promoción devocional. Pero en un ámbito y entre actores que rechazaban la separación de lo político y lo religioso es indispensable considerar la dimensión política de las acciones devocionales. De especial impacto e interés para América son la proclamación del dogma de la Imaculada Concepción en 1854, la canonización en 1862 de Felipe de Jesús, dentro del grupo conocido comúnmente como los “mártires del Japón”; la encíclica *Quanta cura* del 8 de diciembre de 1864, con su ya referido anexo, el *Syllabus errorum*. Y, en julio de 1870, en el marco del concilio Vaticano, la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia.

El culto al papa

La toma de Roma el 20 de septiembre de 1870 y la suspensión indefinida del concilio un mes después, marcan el inicio del culto de la persona de Pío IX. Al suspenderse el concilio, el papa instruyó a los obispos regresar a sus lugares de origen. Algunos hubieran deseado quedarse, pero todos obedecieron⁷. En sus maletas transportaron una experiencia inédita en muchos sentidos y en las cartas pastorales que dirigieron a sus diócesis al regresar, con emoción profunda buscaron traducir el estado de fragilidad material, de precariedad incluso -según interpretaron- del pontífice, a la par que su entereza y tenacidad espiritual y moral. Al igual que en Europa, los obispos americanos llamaron a los fieles a manifestar su solidaridad religiosa y material con el papa prisionero y perseguido, elevado por eso mismo en su calidad espiritual (Horaist, 1995). Funciones religiosas de desagravio, colectas, entre otras formas de solidaridad con el pontífice contribuyeron a la difusión de su suerte y a la cercanía de los fieles con la historia de un hombre que condensaba la de su Iglesia. El ya citado arzobispo de Lima -quien no pudo participar en el concilio-, incitaba a los fieles a solidarizarse con Pío IX: “Nosotros, entretanto, debemos orar, para que Nuestro Señor abrevie el tiempo de la prueba, y haga lucir el día de la misericordia. Debemos también contribuir con nuestros socorros materiales a satisfacer las necesidad del Sumo Pontífice [...]. Quizá hoy [...] duerme bajo de extraño techo, y come el pan de la limosna” (Goyeneche, 1870, p.23).

A finales del siglo la presencia del papa llegó hasta la repostería: hasta nuestros días en diversos países sudamericanos lo mismo que en algunas regiones de España, se conoce popularmente el pionono, un bizcocho enrollado con relleno dulce y blanco por fuera, que también se conoce como brazo de reina o niño envuelto.

Un ejemplo especialmente interesante de la promoción del culto al papa está en el pequeño poblado de Jamay, en el estado mexicano de Jalisco. Jamay está situado en la ribera norte del lago de Chapala, el lago más grande de México. Hacia 1870 era descrito como “rancho” en la prensa y eclesiásticamente era una vicaría, dependiente de la parroquia de La Barca, dentro del obispado de Guadalajara⁸. Políticamente era una dependencia del municipio de Ocotlán. En sep-

⁷ Es ilustrativo lo ocurrido con los obispos mexicanos. El impacto del concilio en ellos y en México en general ha sido analizado recientemente en Mijangos; Butler y Rosas, 2024.

⁸ Puede verse la caracterización de Jamay como rancho en *The Two Republics*, en su anuncio del tránsito de dili-

tiembre de 1874 algunos feligreses escribieron al obispo Pedro Loza quejándose de que llevaban un año sin sacerdote. Fue nombrado José María Zárate, un hombre de mucha iniciativa⁹. Eran en México los años del gobierno radical de Sebastián Lerdo de Tejada, sucesor de Benito Juárez, una época percibida en los medios eclesiásticos como de persecución y en la cual las Leyes de Reforma fueron integradas a la constitución de 1857, acentuando la separación Iglesia-Estado y también marcando el anticlericalismo de Estado. Estas leyes suscitaron reacciones de la jerarquía católica, manifestaciones de distinto grado de radicalidad por parte de los obispos y una singular muestra de resistencia por parte del referido vicario Zárate que pone de relieve la potencia de la figura del papa en la época¹⁰. Zárate, convencido como lo expresó en carta al arzobispo, de que las leyes de Reforma eran letra muerta, emprendió varias acciones claramente desafiantes de la norma constitucional como la reubicación del cementerio del poblado. Enseguida inició la obra que hasta el día de hoy es más conocida y que con el tiempo se volvió emblemática de la población: la construcción en la plaza pública de un obelisco de 20 metros de altura, dedicado al triunfo de la religión y en cuya cúspide está la figura de Pío IX (Cárdenas, 2017).

Conclusiones

En la historiografía latinoamericanista el relato sobre el papa intransigente y prisionero ha tendido un velo de opacidad sobre la actividad del estadista que también fue Pío IX. La consideración de su relación con la construcción de las naciones americanas tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista de las prácticas devocionales, muestra una actitud que no se limita al rechazo de las novedades sino que teje nuevos lazos y tiende puentes. A ello se vio incitado por el empeño de gobiernos y particulares, que consideraban la relación con el pontífice primordial para la vida religiosa, social y aún política de sus respectivos estados. Incluso en su rechazo reiterado de las políticas liberales, el papa tejió una relación específica con las naciones americanas cuyos gobiernos llegó a desautorizar.

Por otro lado, puede constatarse que Pío IX se insertó en la vida cotidiana de los fieles hispanoamericanos en las grandes ciudades y en los pequeños poblados, produciendo una nueva forma de presencia, inédita con respecto a lo sucedido en épocas anteriores. Como emblema de piedad y resistencia, su misma derrota material fue también transformada semánticamente en triunfo, al enfatizarse su fortaleza espiritual y arraigarse y extenderse las devociones por él promovidas como la Inmaculada Concepción. Mucho tiempo después de su muerte, hasta muy avanzado el siglo XX, el *Syllabus errorum* siguió difundiéndose a través del púlpito. Su figura así americanizada contribuyó a la construcción del catolicismo americano al mismo tiempo que fue perfilada por él.

gencias desde Querétaro hacia la ciudad de Guadalajara. Cito aquí la edición del 10 de mayo de 1876: “Quando el río está bajo los pasajeros se embarcan en el rancho de Jamay, situado à cuatro leguas de La Barca”.

⁹ El expediente del caso se conserva en: Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Guadalajara, La Barca, caja 6, exp. 630. Sobre Zárate: Cervantes, 1980.

¹⁰ Sobre los obispos: Olveda, 2007.

REFERENCIAS

- AYALA MORA, Enrique. El origen del nombre América Latina y la tradición católica del siglo XIX, **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, 40: 1 (ene.-jun. 2013), pp. 213-241. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127128090008>.
- BURIANO Castro, Ana. **Navegando en la borrasca**. Construir la nación de la fe en el mundo de la impiedad, Ecuador, 1869-1875. México: Instituto Mora, 2008.
- CALVO, THOMAS. La jura de Fernando VI en Guadalajara (1747): de la religión real a la festividad. **Takwá**, Guadalajara v.5, n.8, p. 67-91. otoño de 2005.
- CÁRDENAS, Elisa. Religión y política en la producción del concepto 'América Latina': el imaginario pontificio en el siglo XIX. **Historia Mexicana**, México, v.74, n.4, p. 1737-1770. abril-junio de 2025.
- CÁRDENAS, Elisa. Pie IX sous le regard des catholiques hispano-américains. **Archives des Sciences Sociales des Religions**, n.178, pp. 237-254. juillet-septembre 2017.
- CÁRDENAS, Elisa. El fin de una era: Pío IX y el *Syllabus*. **Historia Mexicana**, México, 258. LXV: 2, 2015, pp. 719-746.
- CERVANTES, Rafael. **Breves notas para la historia de Jamay**. Puebla: Impresos comerciales, S.A., 1980.
- CORTÉS, José David. **La batalla de los siglos**. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016.
- DI STEFANO, Roberto y RAMÓN SOLANS, Francisco. Introduction: Decentering Catholicism. A re-reading of the Nineteenth Century Catholic Church from a Latin American Perspective. **Rivista di storia del cristianesimo**. Italia, n. 17 p. 291-296, 2020.
- ESPINOSA Y DÁVALOS, Pedro. **Pastoral del Arzobispo de Guadalajara de vuelta de su destierro**. Guadalajara: Imprenta de Dionisio Rodríguez, 1864.
- DIEGO FERNÁNDEZ, Rafael. Proceso jurídico del descubrimiento de América. **Anuario Mexicano de Historia del Derecho**. México, v. II, p. 81-114, 1990.
- FÈVRE, Justin. **Histoire générale de l'Église**. Vol. 42: Huitième époque. Depuis les traités de Westphalie jusqu'à l'avènement de Léon XIII, Paris, Louis Vivès libraire-éditeur, 1888.
- GÓMEZ, Roberto. **México ante la diplomacia vaticana**. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.
- GOYENECHÉ, J. Sebastián de. **Carta pastoral que el Ilmo. Y Rmo. Sr. Dr. D. ... dirige a sus muy amados hijos, el clero y fieles del arquidiócesis de Lima con motivo de la reciente invasión de los Estados Pontificios**. Lima: imprenta de J. Francisco Solís, 1870.
- HERNÁNDEZ MÉNDEZ, Sebastián. **Mariano Soler**: activista ultramontano transnacional (1846-1908). Una historia del internacionalismo católico desde América Latina: Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Universidad de los Andes, Chile: Universidad de Zaragoza, Santiago de Chile, 2022.
- HORAIST, Bruno. **La dévotion au pape et les catholiques français sous le pontificat de Pie IX (1846-1878) d'après les archives de la Bibliothèque Apostolique Vaticane**. Rome: École Française de Rome, 1995.
- HUGO, Victor. *Oeuvres complètes. Actes et paroles*. 1 / [publiées par Paul Meurice, puis par Gustave Simon]. Paris, Librairie P. Ollendorff, 1937.
- JANKOWIAK, François. **La curie romaine de Pie IX à Pie X: le gouvernement central de l'Église et la fin des États pontificaux**. Roma, École Française de Rome, 2007.
- LETURIA, Pedro de S. I. **Relaciones de la Santa Sede e Hispanoamérica**. 1493-1835, vol. II Época de Bolívar, volumen revisado por el P. Carmelo Sáenz de Santa María S. I., Roma-Caracas Universidad Gregoriana, Sociedad Bolivariana de Caracas, 1959.
- LETURIA, Pedro de S. I. **Relaciones de la Santa Sede e Hispanoamérica**. 1493-1835, vol. III Apéndices - Documentos - Índices, volumen revisado bajo la dirección del P. Miguel Batllori S.I., Roma-Caracas. Universidad Gregoriana, Sociedad Bolivariana de Caracas, Roma-Caracas, 1960.
- MARTINA, Giacomo. **Pio IX (1846-1850) (1851-1866) (1867-1878)**. Vol. 1, 1974, vol. 2, 1986, vol. 3. Roma: Pontificia Università Gregoriana, 1990.
- MASTAI-FERRETI, Juan. **Viaje a Chile del canónigo Don Juan María Mastai-Ferreti, oi Sumo Pontífice, Pio, Papa IX**. Traducido del italiano i seguido de un apéndice por D. F. Sarmiento, Santiago de Chile, Imprenta de la Opinión, mayo de 1848.
- MIER, Servando Teresa de. **Discurso del Dr. D. ... sobre la encíclica del Papa León XII, Quinta impresión revisada y corregida por el autor**. México: Imprenta de la federación, en palacio. 1825.
- MIJANGOS, Pablo, BUTLER, Matthew y ROSAS, Sergio (coord.). **México y el Concilio Vaticano I**. México: Universidad Pontificia de México / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2024.
- OLVEDA, Jaime (coord.). **Los obispos de México frente a la Reforma liberal**. México: El Colegio

de Jalisco, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca, 2007

PRODI, Paolo. **El Soberano Pontífice**: un cuerpo y dos almas: la monarquía papal en la primera edad moderna. Madrid, Akal, 2010.

SALAS, José Hipólito. **Recuerdos de Roma**. Carta pastoral del ilustrísimo Señor Doctor Don ... Obispo de la Concepción, a sus diocesanos. Valparaíso: Imprenta y Librería Europea, 1870.

SALINAS ARANEDA, Carlos. Los concordatos celebrados entre la Santa Sede y los países latinoamericanos durante el siglo XIX. **Revista de Estudios Histórico-Jurídicos**, (XXXV), 215-254, 2013.

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier. **Más allá de los Andes**. Los orígenes ultramontanos de una Iglesia latinoamericana (1851-1910). Bilbao: Universidad del País Vasco, 2020.

RUBIAL, Antonio et al. **Historia Mínima de la Iglesia Católica**. 1a. Edición. México: El Colegio de México, 2021.

SERRANO, Sol. **¿Qué hacer con Dios en la República?** Política y secularización en Chile (1845-1885). Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2008.

TELESCA, Ignacio y DELGADO, Emilia Sol. Del reconocimiento de la independencia al reconocimiento del Chaco: un siglo en las relaciones Paraguay-Vaticano (1841-1931). **Revista Historia Autónoma**, n. 25, pp. 174-195, 2024.